



# TERRITORIOS INTERMEDIOS.

## Entre Aracena y Cortegana, entre el s. XVI y el s. XX

---

*Juan Cascales*  
*Paco Márquez*  
*Mónica González*  
*María Albarreal*  
*Alt-Q. Arquitectura*

### PREÁMBULO

El trabajo que se presenta a continuación pretende establecer un marco comprensivo del patrimonio territorial del espacio que media entre Aracena y Cortegana. Nuestro conocimiento de este espacio es sólo parcial. Conocemos con cierta profundidad los municipios de Alájar, Castaño del Robledo y Aroche (fuera del ámbito pero imprescindible para entender las diferencias por contraste). En un siguiente nivel conocemos bien la estructura urbana y algunas edificaciones de Galaroza, Fuenteheridos y Valdelarco. Mientras que del resto nuestro conocimiento es menor.

A pesar de esto nos hemos encontrado con que tanto los habitantes de estos pueblos como los intelectuales que han escrito sobre ellos tienen una comprensión histórico-territorial de su medio que no se ajusta a la materialidad del paisaje y las construcciones que existen, ni a la secuencia temporal de los procesos demográficos, económicos, productivos y sociales.

Intentamos establecer aquí nuestra posición actual sobre estos temas, con la convicción de que a medida que nuevas investigaciones profundicen en las lagunas que hoy encontramos, podremos revisar e incluso replantear nuestras premisas y conclusiones. La estructura del texto se desarrolla en tres tiempos. Un mismo hilo argumental se repite tres veces: las construcciones territoriales que se han sucedido entre el siglo XIV y el XX. En la primera parte se presenta la secuencia, en la segunda se contextualiza en su marco social, económico y productivo, y en la tercera se apuntan los



rasgos materiales de los tipos y tejidos urbanos que corresponden a cada tiempo.

## MARCO HISTÓRICO

El territorio de la Sierra presenta un atractivo incuestionable para sus habitantes y para los urbanitas, y no exclusivamente por sus valores medioambientales, sino también por su cualidad como paisaje antropizado, a través de una intensa relación productiva, soportada sobre una red infraestructural y un sistema de poblamiento que lo hacen registrable. Pero este atractivo no está centrado en lo que se construye hoy, ni tampoco en lo construido a lo largo del siglo pasado, que ante el valor de lo muy antiguo, se siente como una amenaza.

Esto nos sitúa contemporáneamente en una posición difícil puesto que lo nuevo, o en otras palabras lo que necesitamos construir hoy, siempre es sospechoso de venir a destruir lo que más valoramos. Se acepta de partida que la expresión material de nuestra cultura actual es laminadora y banal, y que por lo tanto se ha de presentar lo que se construye disfrazado con materiales y formas de un pasado imposible de evocar.

Se instala por esta vía una cultura que huye de lo moderno buscando refugio en lo que se cree antiguo y tradicional. Paradójicamente lo que aquí se cree antiguo pertenece a la modernidad más avanzada en un doble sentido: se trata de un territorio articulado a partir del siglo XVIII, al abrigo de la nueva cultura de la Ilustración, y supone una ruptura radical con las formas anteriores de construir y de adecuar el medio, como intentaremos aclarar.

Diez pequeños municipios ocupan unos 233 k<sup>2</sup> enclavados en el macizo central de la Sierra de Aracena, delineando sus asentamientos principales una malla virtual, aproximadamente ortogonal y orientada Norte-Sur. El módulo de distancia que separa los nodos en las dos direcciones es aproximadamente de tres cuartos de legua. Se trata de una matriz de asentamientos 3x3. La horizontal más al Norte la forman de Oeste a Este: Galaroza, Navahermosa y Cortelazor; la intermedia: Castaño del Robledo,



Fuenteheridos y Los Marines; y la meridional: Santa Ana, Alájar y Linares de la Sierra. Esta red se deforma para incluir al norte de Navahermosa a Valdelarco (a media legua), y hacia el oeste muy cerca de Galaroza, pero a mayor altitud, a Jabugo.

No son los únicos asentamientos de la zona, que cuenta con algunas aldeas de mucha menor entidad en los términos de Alájar, Galaroza, Jabugo y Santa Ana. Este denso sistema de poblamiento forma parte de una constelación más amplia de similar densidad que se extiende entre Higuera de la Sierra y Cortegana, en torno a las sierras más altas de la provincia. En el libro *Redes de Centros Históricos en Andalucía* los autores argumentan que, «una de las causas fundamentales para explicar este poblamiento es la especificidad litológica de la zona, concretamente las calizas cámbricas, que dan lugar además a importantes fenómenos de karstificación. Su importancia radica en un doble hecho. De una parte, favorecen un balance hídrico que ya de por sí es positivo, pues nos encontramos en un área de pluviosidad abundante, que supera los 1.000 l. al año. De otra parte, porque coadyuvan a la formación de suelos rojos mediterráneos. Ambos hechos permiten el desarrollo de una agricultura de regadío en los valles y depresiones».

De la documentación histórica conocemos que los municipios de esta matriz aparecen como resultado de procesos de emancipación respecto de Aracena y Almonaster a partir de mediados del siglo XVI con Galaroza, y hasta mediados del XVIII, donde se alcanza la configuración actual de la red de las 10 villas.

Como espacio de frontera, la estructura territorial previa al siglo XIV estaba compuesta por enclaves encastillados en cotas altas, posicionados estratégicamente y de frágil poblamiento, entre los que destacaban: Cortegana, Almonaster y Aracena. A partir el siglo XIV comienzan a desarrollarse lugares en los valles, que debido a su mayor capacidad agrícola, van a alcanzar niveles demográficos que les permiten a partir del XVI adquirir la categoría jurídica de villa. Es de hecho el valle del Múrtiga, el más rico y alejado de las tres villas-fortaleza el primero en constituirse en territorio independiente con cabecera en Galaroza e incluyendo un amplio número de aldeas, entre las que se encontraban Navahermosa y

Fuenteheridos. A continuación, Cortelazor y Jabugo, dos de las aldeas con cierta entidad más alejadas de sus respectivas villas, ganaron su independencia en 1630 y 1690 respectivamente.



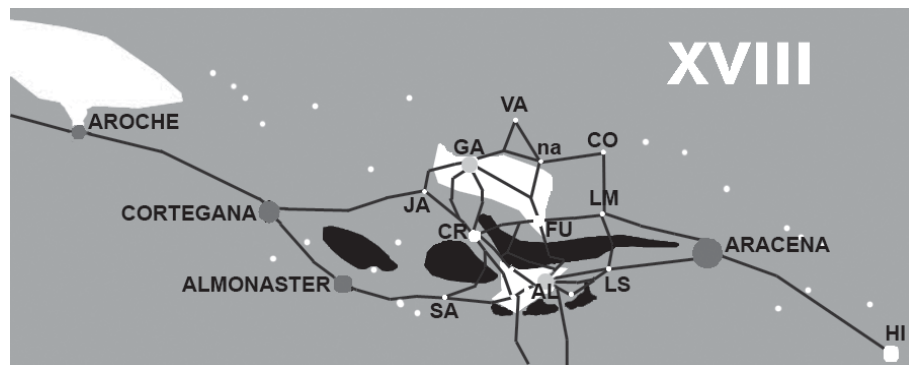
Sin embargo no todos los asentamientos alcanzaron esta condición. De hecho han llegado a nuestros días multitud de aldeas, que no se han desarrollado hasta convertirse en villas, y en las que podemos estudiar tanto construcciones de gran antigüedad, como las pautas de implantación en el medio y su menuda estructura urbana.

En este sentido las aldeas de Los Madroñeros, El Calabacino, El Cabezuelo o El Collado, así como el Barrio del Calvario en Castaño del Robledo, o las construcciones más antiguas de Las Cefiñas, son depositarias de un importante patrimonio arquitectónico y urbano, documento del proceso de fundaciones de lugares en los valles en torno al siglo XIV.

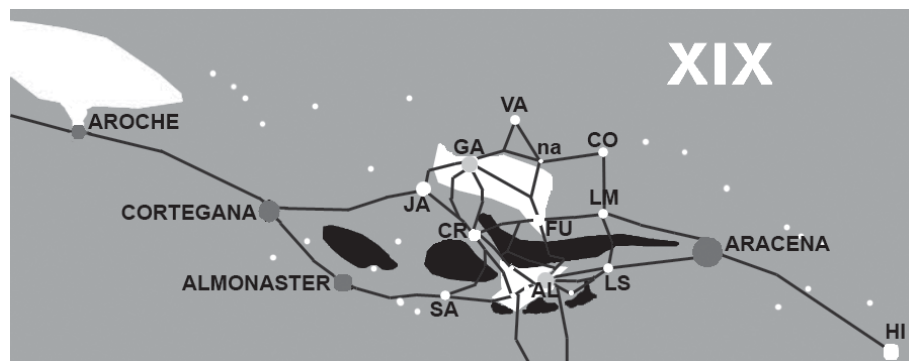
El hecho del desarrollo de unos lugares y el estancamiento de otros, se convierte por tanto en uno de los factores que nos puede aportar claves sobre la cultura productiva y territorial que está en el fondo del proceso de configuración de la red. A la emancipación de las tres primeras villas, siguen la de Alájar (1700), con otro grupo nutrido de aldeas en una posición intermedia entre Almonaster y Aracena y en otro valle más pequeño pero igualmente rico (formaba parte del mismo señorío que el valle del Múrtiga), y las de Castaño del Robledo (1700), que territorialmente ocupa el valle más amplio posicionado a medio camino entre Galaroza y Alájar, y



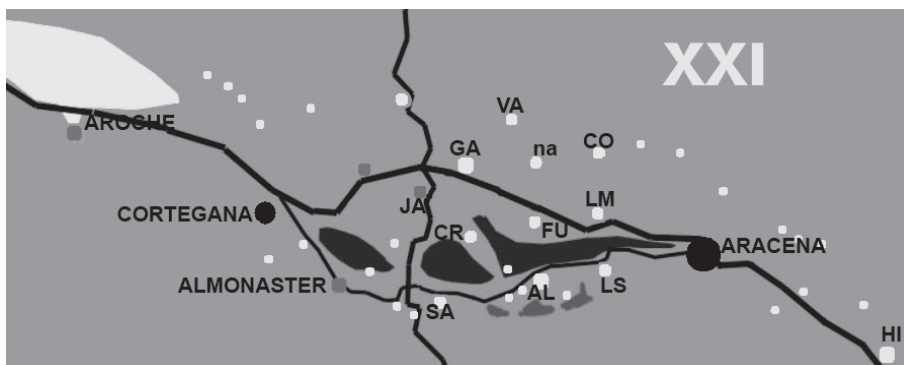
Fuenteheridos (1715), lugar situado en el arranque del valle del Múrtiga. El desgajamiento de Fuenteheridos supone por tanto el reparto de este valle en dos ámbitos, más en escala con la intensificación productiva que se está produciendo en el XVIII.



Entre 1751 y 1773, el resto de los asentamientos de los pequeños valles al Este y Oeste de Alájar (Linares, Los Marines y Santa Ana) y al Noreste de Galaroza (Valdelarco) ganan su autonomía configurando una red dispersa de asentamientos caracterizada por una alta densidad. En el censo de 1787 la relación entre los habitantes de las 10 villas y los de Aracena es de 1,75 a 1, es decir se ha generado a lo largo del XVIII fundamentalmente, un sistema poblacional paralelo al medieval con casi el doble de capacidad. Este sistema alcanzará su techo habitacional de poco más de 15.000 habitantes en 1887, aunque para entonces la pujanza de la red que ha llegado a una relación de 2,6 a 1 en 1842, ha caído sostenidamente hasta 2,45 a 1.



Este trasvase poblacional va a continuar casi linealmente hasta la actual relación en 2001 de práctica equivalencia entre el número de habitantes de las 10 villas y el de Aracena. En este proceso la red ha perdido desde 1887 algo más del 50% de su población quedando por debajo incluso con 7.435 habitantes de los 8.356 del censo de Floridablanca (1787). Estas cifras son aún peores ya que la deriva productiva de Jabugo, en su enlace ferroviario al Oeste de la red a través de su apeadero de El Repilao, enmascara un descenso más agudo del 62% en el resto.



Se pueden por tanto conceptualizar dos ciclos bien diferenciados:

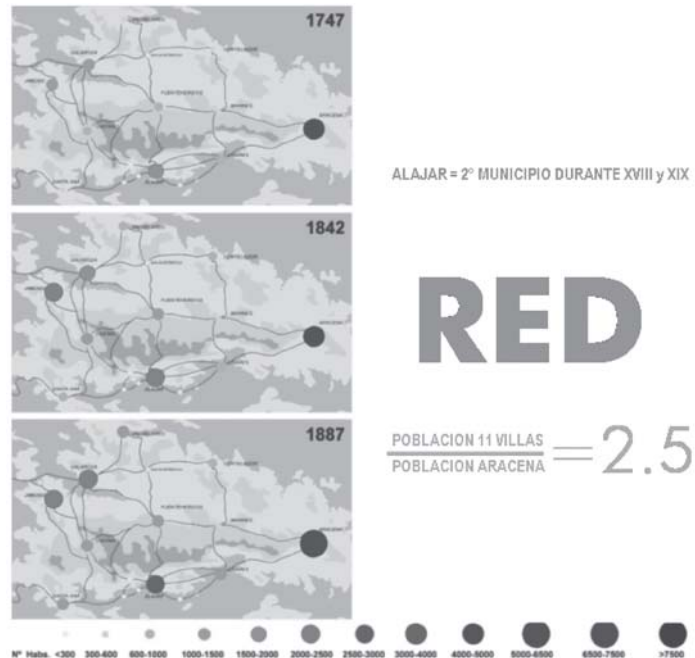
## MARCO TERRITORIAL

### 1.- 1553-1887. Montaje y auge de la red.

En este ciclo los dos primeros siglos suponen el desarrollo de algunos de los núcleos de los valles y su progresiva articulación en una red de intercambio integrada. En el tercer siglo entre mediados del XVIII y mediados del XIX el despliegue de la red de caminos, con el desarrollo paralelo de una importante cultura comercial, la configuración de una matriz de asentamientos muy desarrollados en relación a las aldeas, con distancias entre ellos de  $\frac{3}{4}$  de legua, el intenso proceso de cercamientos, la construcción de una extensa infraestructura para el riego y el aprovechamiento de las aguas, promueven una intensa antropización del territorio y un fuerte crecimiento de los tejidos urbanos de la red.

Entre 1842 y 1887, aunque la población crece un 25%, el mayor crecimiento de Aracena, supone nuevas pautas de localización de la población que anuncian el estancamiento que se va a instalar en el siguiente siglo.

Durante el siglo XVIII, y hasta el censo de 1842 Alájar es la villa más poblada de la red con gran diferencia, sumando 1.899 habitantes a finales del XVIII. En ese mismo censo Jabugo y Galaroza rondan los 1.100, tras los cuales están Castaño (870), Fuenteheridos (769), Linares (695), Cortelazor (559), Santa Ana (499), Valdelarco (466) y Los Marines (368). La escala de poblaciones es prácticamente paralela al orden histórico de emancipación de sus cabeceras. Y este orden a su vez supone la progresiva construcción de un espacio poblacional intermedio entre Almonaster y Aracena. El eje Alájar-Galaroza es casi la mediatriz de las dos ciudades fortificadas, mientras que a su vez Castaño-Fuenteheridos lo son respecto a las dos primeras. El rombo que forman entre las cuatro, se va a convertir en el corazón de un nuevo tipo poblacional que responde a la nueva cultura que se abre paso en el XVIII de la mano de la Ilustración.





Es importante distinguir el fenómeno de ocupación de los valles con pequeñas aldeas, que se desarrolla desde el siglo XIV, de la articulación de un red integrada de villas autónomas a partir del XVIII. El sistema socio-territorial del primero es muy elemental, prácticamente una economía de subsistencia donde el comercio es una actividad marginal y no existen ni división del trabajo, ni especialización de la producción. En cambio hay que leer la red de las 10 villas como el resultado de una construcción territorial altamente compleja y elaborada. La densidad de 36Hb/k<sup>2</sup> en 1787 está muy cerca de duplicar la media de Andalucía,<sup>1</sup> y su estructura de poblamiento no sólo es diferente a la que históricamente había ocupado la Sierra de Aracena, sino que es también singular dentro de los tres reinos.

El Informe sobre la Ley Agraria que Pablo de Olavide<sup>2</sup> remite al Consejo de Castilla, en respuesta a la petición del fiscal Campomanes, es un interesante testimonio que nos aproxima a la mirada que los ilustrados del reinado de Carlos III tenían sobre el territorio andaluz. Resume los problemas principales en la escasa proporción de suelo cultivado, que estima en un sexto del total, en la escasa población activa, y en que lo que se labra, se trabaja mal y con productividad ínfima. Denuncia el atraso productivo fundado en las técnicas de explotación utilizadas, en una precaria organización del trabajo, en la estructura inmóvil de propiedad de la tierra y en definitiva en la estructura territorial constituida por un sistema de asentamientos muy inadecuado para su puesta en carga productiva y mal conectados, dando lugar a una escasa permeabilidad a la circulación de productos y población. Igualmente denuncia que a este sistema territorial inadecuado le corresponde una estructura de grupos sociales excesivamente desequilibrada.

Como ilustrado conocedor de las doctrinas de su tiempo, entiende que la desigualdad social es necesaria e imprescindible para el sostén global

<sup>1</sup> Andalucía, entonces formada en la documentación oficial por los reinos de Jaen, Córdoba y Sevilla, que incluía a su vez a las actuales provincias de Cádiz y Huelva.

<sup>2</sup> Intendente de Andalucía, Asistente de Sevilla y Superintendente de las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena entre 1767 y su procesamiento por la Inquisición a partir de 1778.





del sistema, pero al tiempo sabe que una desigualdad, extrema bien sea porque haya una minoría muy rica o una mayoría muy pobre, conduce al colapso. De ahí que los objetivos de las políticas reformadoras se dirigiesen a la creación de una clase de labradores con más tierras y poder, como eslabón intermedio con los más ricos, y a la configuración de un sistema poblacional alternativo que permitiese acabar con la extrema pobreza de los jornaleros acercándolos a la tierra.

El intendente enumera los cuatro grupos sociales que intervienen en la agricultura, y describe su actividad, su nivel de bienestar, sus problemas y sus potencialidades, volviendo a arremeter contra un sistema de asentamientos desequilibrado, con concentraciones excesivas y grandes intervalos vacantes, que llevan a una distancia entre lugar de trabajo y de residencia excesivo, que tensiona tremendamente los terrenos a menos de una legua del lugar incrementando los precios y abonando corruptelas, mientras que condena a gran parte del territorio a un tipo de gran explotación poco productiva, y que demanda además un tipo de trabajador temporal obligado en invierno a mendigar en las grandes capitales andaluzas.

Para Olavide la estructura territorial de Andalucía sólo es explicable desde «*la desgracia de las guerras interiores que sufrió la Nación con los Moros (que) obligó a que por temor de las inopinadas incursiones se abandonase la habitación de los campos, y que cada Población se reconcentrase en un punto, para no ser sorprendida y defenderse mejor*», y desde la posterior «*falta de ideas sobre economía política*».<sup>3</sup>

Son muy conocidas las operaciones de urbanización y puesta en producción de baldíos que lleva a cabo desde sus diferentes cargos, en Prado del Rey, en La Carolina y en La Carlota. Estas redes de asentamientos, sobre la base de una política racional de cercamientos y distribución de pequeñas parcelas de 33Ha de tierra, han sido reconocidas como operaciones ilustradas aisladas en el marco del territorio andaluz. Su promoción directamente vinculada a la Corte (en los dos últimos casos), su impacto

<sup>3</sup> El Evangelio en Triunpho o historia de un philosopho desengañado. P. Olavide 1799.

político en Europa, gracias a la propaganda y a la importación de cerca de 8.000 colonos, han dado lugar a una extensa bibliografía que ha oscurecido los resultados paralelos en otros espacios, de los esfuerzos del equipo de ministros de Carlos III por introducir una auténtica cultura productiva, a la altura de las nuevas doctrinas europeas <sup>4</sup> sobre la creación y circulación de riquezas.

En este sentido la red de las 10 villas en torno a la Sierras del Castaño y de la Virgen, y toda la estructura parcelaria menuda, cercada y dotada infraestructuralmente de accesibilidad, edificaciones de apoyo y riego en muchos casos, así como su conexión con el exterior a nivel comercial, son un producto de la nueva cultura social y del trabajo que se desarrolla en el siglo XVIII. El escaso nivel de poblamiento anterior y los privilegios que gozaba la Mesta en Sierra Morena, dificultaban el alto nivel de antropización del territorio que hoy conocemos. El impulso de los gobiernos ilustrados de este siglo para introducir nuevas formas de producción que combinaban agricultura y ganadería sobre la base de una nueva estructura social de unidades familiares más cohesionadas, fundamentalmente en torno al trabajo de todos sus miembros seis días a la semana, acabará configurando un territorio completamente diferente al del conjunto de pequeñas ciudades-fortalezas de un lado, y al de la constelación de pequeñas aldeas asociadas a los valles de otro, para dar lugar a 150 k<sup>2</sup> de *territorio urbanizado* en plena Sierra.

La distancia entre los núcleos de frontera de Almonaster y Aracena era aproximadamente de 4 leguas. Olavide estimaba que los terrenos situados a más de media legua de un asentamiento no podían ser trabajados con eficacia. La relativa abundancia de agua y el microclima generado por el doble resalte de sierras al sur de la red proporcionaban un soporte demasiado atractivo como para no ser puesto en explotación de la manera más eficaz. A finales del XIX un nuevo sistema de asentamientos cada  $\frac{3}{4}$  de legua ha permitido la roturación de una enorme cantidad de tierras. En 1887 tres núcleos: Alájar, Galaroza y Jabugo están en torno a los 2.500 habitantes, y

<sup>4</sup> Cantillon, Mirabeau, Quesnay...



otros cinco en el rango de 1.000 a 1.500: Castaño, Fuenteheridos, Santa Ana, Valdelarco y Linares. Cortelazor está cerca de los 1.000, y sólo Los Marines demasiado inmediato a Aracena (1 legua) queda con 600 habitantes.

## 2.- 1887-2001. Decadencia de la red.

El censo de 1897 arroja un 4% de pérdida de población en la última década, truncando un crecimiento ininterrumpido de varios siglos. En ese mismo período Aracena no ha perdido población, pero se ha estancado. Varios factores pueden explicar esta inversión de tendencia, entre los cuales el más importante es el tremendo auge de las explotaciones mineras de la franja pirítica. En 1873 arranca la explotación en Río Tinto, que en pocos años se convertirá en la primera empresa nacional en número de empleados. En principio la relación con la cuenca minera se basa en la comercialización de las frutas de la Sierra, aunque con el tiempo se va a iniciar un cierto trasvase poblacional que comienza a acusarse en la última década del siglo XIX.

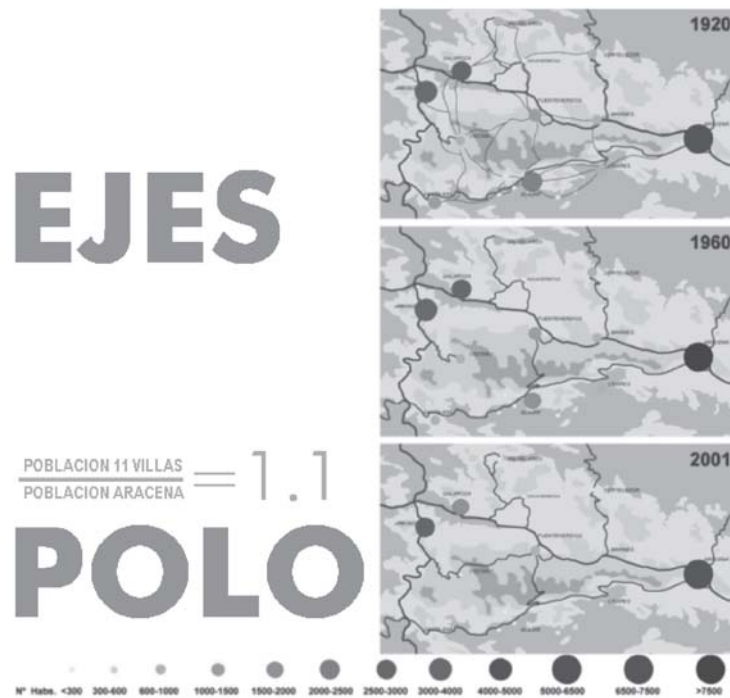
Entre 1897 y 1940 la cifra global de población en la red se estanca entre los 14.768 y los 14.212 habitantes, (mientras Aracena aumenta en el mismo período en un 30%). Pero dentro del sistema de asentamientos se está produciendo una reestructuración territorial de relevancia. La tupida red de caminos reales que prácticamente conectan cada núcleo con todos los que le rodean, a veces incluso con varias alternativas, va a colapsar frente a la nueva política de carreteras y ferrocarriles, que aunque parte de las leyes formuladas en 1877, no va a empezar a tener efecto en la zona hasta el primer tercio del siglo XX. Las malas condiciones infraestructurales de los caminos reales: poca anchura y mal firme, venían siendo recogidas en los catastros del Estado y en el Diccionario Geográfico de Madoz. La construcción de los dos ejes viarios rodados al norte y al sur del macizo central de la Sierra (actuales N-433 y A-470), y de la carretera (N-435) y el ferrocarril de conexión de Huelva con Extremadura, va a polarizar el territorio reconfigurando la estructura alcanzada por la red a finales del XIX.



En las primeras cuatro décadas del siglo XX Castaño del Robledo pierde algo más de la mitad de su población pasando de ser la cuarta villa de la red, tras Jabugo, a ser la última. En el sentido inverso Jabugo gana algo más del doble de población. Entre las dos villas de mejores condiciones para la producción de chacina, el trazado de ferrocarril ha dictado sentencia para una, y ha espoleado la economía de la competidora. Castaño ha quedado al margen además de las tres carreteras que se trazan en la zona. Esto le ocurre también a Cortelazor que pierde un 14% y a Valdelarco que tan sólo pierde un 8%, probablemente más preparado, dada su localización, a resistir en condiciones de aislamiento.

Las villas de la N-433 ganan algo de población: un 4% Galaroza y un 11% Los Marines, siendo Fuenteheridos la excepción al perder un 9%. Santa Ana, prácticamente en el cruce entre la N-435 y la A-470, gana un 30% de población, mientras que el resto de villas del corredor Sur pierden; Linares un 11% y Alájar un 23%.

Esta tendencia se va a acentuar entre 1940 y 1960, donde a excepción de Los Marines, que prácticamente se estanca, todas las villas pierden: muy poco el resto de las villas de la N-433 (4-7%), y mucho el resto (19-26%). Las nuevas infraestructuras en el plazo de medio siglo, han promocionado un enorme salto de escala de Jabugo, han sostenido a las poblaciones del corredor Norte y han condenado al resto a una enorme sangría poblacional, no perceptible en las cifras globales de la red que sólo pierde un 12%. De un territorio de asentamientos en red se pasa progresivamente a un territorio articulado por un doble eje Este-Oeste, que conecta las villas con Aracena que en 1960 se ha situado en una relación de 1/1.66 respecto al conjunto de las villas decantando una centralidad que seguirá progresando hasta final de siglo. El eje Norte-Sur que conecta la comarca con la capital de la provincia y con Extremadura ha permitido incluso hasta la fecha, a las poblaciones por las que pasa un leve aumento.



El colapso de la red se va a producir en las décadas de los 60' y 70'. La política del desarrollismo, y concretamente los nuevos Polos en las dos capitales andaluzas más próximas, tras un largo período de posguerra, autarquía y pobreza, van a suponer en sólo dos décadas la pérdida de algo menos de la mitad de la población. Se repite, en otro orden de cifras y con matices, la pauta anterior, perdiendo Jabugo un 25%, Galaroza un 39%, Fuenteheridos un 45%, y el resto entre el 51 y el 54%. La más castigada en este período es Valdelarco que roza el 60% de pérdida. Aunque Aracena pierde el 20% de sus habitantes, el diferencial con el resto la va afianzando como cabecera comarcal, pasando a una relación con las villas de la red de 1 a 1.38.

Las siguientes dos décadas, ya en el período de funcionamiento de la Comunidad Autónoma, van a suponer la decantación definitiva de un nuevo territorio marcado por la centralidad de Aracena, que casi alcanza a

alojar la misma cantidad de habitantes que las 10 villas juntas. Lo que se ha conseguido bajo las nuevas políticas autonómicas es estabilizar la población de Jabugo y reducir a un 5-8% las pérdidas de Fuenteheridos y Linares. El resto, a excepción de Cortelazor y Santa Ana que pierden en torno al 30%, se instalan en pérdidas menos espectaculares entre el 12% y el 17%.

En este segundo ciclo, correspondiente al siglo XX, Alájar ha pasado de ser una villa con más de 2.500 habitantes, a tener algo menos de 800. Y a excepción de Jabugo, que incluso mejora algo sus cifras en el arco total, el resto de la red pierde el 60% de su población, y queda con una densidad de 31 Hab/K<sup>2</sup> después de haber alcanzado los 63 Hab/K<sup>2</sup> en 1887.

La red de las villas del macizo central de la Sierra, a pesar de su declive actual, supuso en los siglos XVIII y XIX la articulación de una nueva forma de ocupación del territorio. Son por tanto un producto netamente moderno y resultado de las nuevas doctrinas armadas por los pensadores del XVII y XVIII, sobre la creación de riquezas y su circulación.

La progresiva crisis del imperio fue mudando en los pensadores españoles las arcaicas ideas sobre el concepto de poder fundado en la fuerza y la extensión territorial, para ser redefinido en relación a la riqueza económica. Ésta a su vez depende de la articulación de un sistema productivo eficaz, montado sobre una población activa y ocupada mucho más amplia, sobre una nueva organización del trabajo, sobre la aplicación de las técnicas y tecnologías más avanzadas y sobre una reestructuración territorial de gran envergadura. La cultura de campos abiertos con prevalencia del ganado de cucaña sobre el estante y sobre la agricultura, fue substituida por una cultura de producción agro-ganadera y forestal desarrollada en campos cercados de propiedades definidas de tamaño medio y pequeño que dieron lugar a una amplia clase de pequeños campesinos propietarios.

La nueva importancia y dignidad del trabajo, así como la nueva escala familiar de la producción, suponen la articulación de un sistema de poblaciones que permita a la vez, la proximidad al mercado, y la conexión a través de los caminos a la red de distribución. De ahí que aunque la población de la zona aumente espectacularmente, ésta no se establece principalmente



ni en las villas existentes, ni en nuevas villas de gran tamaño, sino que busca una cierta dispersión y densificación de los nuevos enclaves para acordar el número de unidades vecinales que albergan con el de propiedades en el ruedo que les dan labor.

A este criterio de territorialización hay que superponer otro que está vinculado no tanto al orden de la producción primaria, sino al del comercio, los servicios, la industria y la administración. Las ideas fisiocráticas promovían no sólo una diferenciación social para fomentar la circulación de la riqueza, sino también una jerarquización del sistema de asentamientos. En este sentido es posible advertir un primer nivel de asentamientos formado por Alájar, Galaroza y Jabugo, localizados a media distancia de las villas fortificadas. Las dos primeras no sólo contaban con amplios ruedos en sus respectivos valles, sino que también han dado lugar a industrias y actividades artesanales que los diferencian claramente del resto del núcleos de la zona. Ambas a su vez eran el centro en torno al cual orbitaban una serie de aldeas muy pequeñas, que suponían el penúltimo nivel de asentamientos del sistema. En una escala intermedia podemos advertir dos niveles muy próximos, pero diferentes en relación no sólo al volumen de población sino a su ubicación. Castaño del Robledo y Fuenteheridos situadas entre Alájar y Galaroza en cotas más altas, constituyen el segundo nivel con aproximadamente la mitad de población que éstas. Cuentan con la particularidad de su relación directa de la explotación del castaño que ocupa extensivamente la umbría de la Sierra a partir de la cota 700. El resto de asentamientos autónomos configuran el tercer nivel con relativamente poca diferencia de población respecto a las anteriores.

El fuerte desarrollo que configura la red de las villas en el XVIII, no supone el abandono de las múltiples aldeas de pequeño tamaño que no consiguen evolucionar. Estas aldeas también crecen en cierta medida, sobre todo cuando disponen de un ámbito propio de cierta escala para articular un ruedo. Es el caso de Navahermosa, Los Madroñeros o El Calabacino, mientras que otras más próximas a una villa importante y con menos espacio productivo sólo se mantienen.

Este sistema de poblamiento comparte estrategias muy similares a las utilizadas por Olavide en Sierra Morena y en el entorno de Écija: urbanizar



el territorio con un sistema muy menudo y jerarquizado de asentamientos, interconectados entre sí, para racionalizar los servicios y fomentar el mercado, y a su vez con el resto del territorio, para poner en circulación las riquezas producidas, al tiempo se daba lugar a una estructura social más igualitaria de pequeños propietarios o arrendatarios enfitéuticos. La estructura territorial y de los asentamientos, así como la propia arquitectura civil de ambos, comparten similares esquemas conceptuales: campos cercados de parcelas de tamaño reducido, irrigados por una tupida infraestructura caminera y de riego, asentamientos de distinta entidad, relativamente pequeños con un cierto nivel de especialización productiva a poca distancia entre sí (nunca más de una legua), desarrollos urbanos vinculados a los trazados de los caminos, y un nuevo concepto de la casa como espacio productivo.

Tanto interés tienen estas analogías que nos permiten rescatar la modernidad de los valores patrimoniales de este territorio, como los hechos diferenciales que lo singularizan. El más importante sin duda tiene que ver con la diferente condición del soporte sobre el que se desarrollan estos territorios de la Ilustración. Mientras que las operaciones de Nuevas Poblaciones promovidas por el Consejo de Castilla se producen sobre baldíos y desiertos prácticamente deshabitados, la red de villas de la Sierra se asienta sobre un sistema previo de minúsculos asentamientos a media ladera, en los valles de la zona.

En un caso los nuevos asentamientos ocupan los sitios más adecuados para su localización y para abaratar los costes de las construcciones, mientras que en el caso de las villas, los lugares idóneos están ya ocupados por las pequeñas aldeas, y éstas se tienen que configurar en las laderas de las plataformas que ocupan y a lo largo de los caminos. Esto da lugar a que las operaciones de reestructuración territorial del XVIII en la Sierra incorporen las preexistencias de los siglos anteriores. En unos casos éstas quedarán absorbidas dentro de las nuevas tramas urbanas de las villas, mientras que en otros quedan casi intactas o con ampliaciones muy reducidas, en el nuevo sistema de asentamientos jerarquizados que viene a dibujarse con las lógicas de los tiempos-distancias que los caminos facilitan entre casa y cercado.





El tamaño de estos asentamientos, a pesar de no ser muy importante, sí es mucho mayor que el de las Nuevas Poblaciones. Entendemos que esto tiene que ver con el tipo de producción agro-ganadera que opera en cada lugar. Mientras que en estas últimas el tamaño de la finca a explotar está pensado para el desarrollo de la producción cerealista, en la Sierra de Aracena la mayor disponibilidad de aguas para huertos y plantíos, y el desarrollo de los bosques y las dehesas dan lugar a un sistema de propiedades más complejo de dimensiones reducidas en los ruedos y medias en el resto que permite una mayor acumulación de unidades productivas en cada asentamiento próximas a sus lugares de trabajo.

A la diferente estructura de la propiedad agraria y a la incorporación de los tejidos preexistentes en las nuevas lógicas de urbanización, habría que añadir un tercer elemento diferencial: el contrabando. La posición estratégica de las villas, próximas a la frontera con Portugal y en la diagonal que la conecta con Sevilla, Gibraltar y Bahía de Cádiz, va a ser altamente rentabilizada por sus habitantes. La condición emergente de estos asentamientos, su pujanza económica y un sustrato social de campesinos propietarios, colonizadores de los espacios más elevados, agrestes y alejados de los enclaves mayores, por contraste con la estructura social más polarizada entre escasos grandes propietarios y mayoría de pequeños campesinos de Aroche, Cortegana, Aracena y Almonaster, los convertían en el espacio más adecuado entre la frontera y la segunda ciudad del reino para constituirse en base para este tipo de operaciones. No es además la primera vez en que este territorio se convierte en el refugio de actividades perseguidas o mal vistas por los poderes hegemónicos. Cuando Arias Montano tiene que explicar las razones por las que reside en La Peña, lo describe como el lugar más próximo a la metrópoli sevillana (en ese momento una de las ciudades más importantes del mundo), con buenas condiciones climáticas, no excesivamente caluroso en verano, con aguas limpias permanentes, pero a la suficiente distancia para pasar desapercibido.

Este papel de base del contrabando, va a cobrar importancia capital a partir de la pacificación tras las guerras internas posteriores a la invasión napoleónica, cuando los caballeros a sueldo de la Iglesia se retiren y reaprovechen sus conocimientos del territorio, sus excelentes caballos y



todavía mejores contactos en las colonias para montar una red de contrabando a gran escala de la que increíblemente hoy conocemos todavía muy poco.

El capital de estos negocios será una pieza clave en el devenir histórico del XIX en estos territorios. Las desamortizaciones mediado el siglo permitirán no sólo blanquear estos beneficios, mediante la adquisición de tierras, sino también articular una nueva hegemonía de nuevos grandes propietarios, que va a ir cerrando poco a poco la aventura de la colonización y puesta en producción del medio, llevada a cabo en el siglo anterior, por una extensa clase de campesinos de nivel medio. Se sientan así las bases del estancamiento posterior tras es cual será difícil reaccionar ante las nuevas articulaciones territoriales que se van a producir a partir del siglo XX.

## PROCESOS DE URBANIZACIÓN

El sistema de poblamiento en la Sierra es frágil y ha estado en permanente situación de cambio. A nivel general podemos concluir que en el espacio que media entre Aracena y Cortegana se han sucedido diferentes construcciones territoriales entre el siglo XIV y la actualidad. Una primera colonización de múltiples asentamientos muy pequeños, dispersos en los valles y capaces de sostener un zócalo de producción agraria. Prácticamente todos comparten unas características que pueden ayudarnos a entender las razones de su localización, desarrollo, y en algunos, eventualmente las de su abandono. Se localizan junto a manantiales, con una pauta topográfica compartida: la proyección de una pequeña plataforma, donde la caída general de la ladera, normalmente orientada a Sur, se detiene, para seguir cayendo inmediatamente después, y donde escasamente cabe algo más de una *tira* de edificaciones. Tienen por tanto una pendiente muy reducida, una base de suelos rocosos, y cursos de agua próximos, en torno a los cuales poder desarrollar un rueda de pequeños huertos. Estos lugares ofrecen factores importantes de habitabilidad: tienen agua de manantial prácticamente todo el año, quedan a salvo, al estar sensiblemente elevados respecto a la falda de la ladera, de las crecidas de los barrancos, sin quedar demasiado lejos de ellos. Son lugares soleados, y que permiten un control visual importante de los valles donde se asientan. Quedan protegidos de



los vientos fríos del Norte, sobre suelos firmes y adecuados para la construcción y por tanto no atractivos para su cultivo.

Sobre este soporte encontramos en todos los casos una edificación de gran elementalidad. La cumbrera de su cubierta traza el eje de la construcción asumiendo como directriz la del propio cerro, sobre el que se derrama un doble faldón de tejas prácticamente paralelo a la suave caída del terreno. Estos apoyan en dos muros-fachada longitudinales y más o menos paralelos a la línea de cumbrera, que no levantan más de dos metros y de trazado discontinuo al interrumpirse completamente en cada puerta, único hueco de cada habitáculo. La posición de la edificación en el cerro garantiza un firme adecuado y seco, a resguardo de las aguas crecidas de los barrancos y de las escorrentías formadas en la propia ladera cuando las precipitaciones son copiosas. Esta singularidad del clima de la zona con una elevada pluviometría, ha sido un factor determinante que ha dado lugar desde estos primeros asentamientos a cubiertas de gran escala y presencia en el paisaje. Los enormes aleros característicos de la zona, no aparecen, sin embargo, en estas construcciones. Los aleros tienen poco vuelo, probablemente porque los muros que cobijan son bajos, y generalmente casi por completo de piedra.

En esta construcción no hay bajos, ni forjados pisables, ni doblados. El suelo interior se va escalonando en la roca, y la cubierta es el único techo. La elementalidad de la tecnología constructiva utilizada requiere la máxima adaptación a la topografía. La utilización de madera es mínima, hecho que tiene sentido puesto que la masiva utilización de la madera de castaño para elementos estructurales, se produce una vez que la explotación extensiva del castaño se pone en marcha. Esto no sucede hasta el siglo XVIII, por lo que era difícil poder construir forjados para aislarse del suelo, o doblar la cubierta, e incluso fabricar los elementos de soporte necesarios para volar los aleros por encima del medio metro.

El propio éxito de estos asentamientos unido a las otras circunstancias anteriormente expuestas, fue configurando a partir del XVIII un sistema de asentamientos más complejo, con jerarquías, especialización e interconexión interna, y con el exterior. Las aldeas medievales mejor posicionadas ante



las vías de comunicación, y con las tierras más ricas ganaron la autonomía respecto a los enclaves encastillados medievales, dando lugar a sistemas de poblamiento más dinámicos. El paso de aldea a villa no da lugar a asentamientos de la escala de las villas medievales. Sin embargo frente a las aldeas donde no existe tejido urbano, porque se reducen prácticamente a una edificación, las villas del XVIII se configuraron como una agrupación de un número importante de casas-factoría, alineadas en coronas en torno a los asentamientos preexistentes y dispuestas a lo largo de las salidas de los caminos que configuraban la red.

El salto de escala a nivel de lo que se construye va aparejado al gran cambio socio-cultural que se produce, y a la introducción desprejuiciada de nuevas técnicas productivas. La villa no son sólo sus casas y calles; cada vecino tiene su «cercado». En el XVIII no sólo se construyen los tejidos de las villas que prácticamente tenemos, sino que se desarrolla una intensa urbanización del territorio con el fin de hacerlo productivo para la economía de mercado.

El soporte de la producción se hace más complejo: caminos reales, lievas, albercas, molinos, cercados y casa con corral, patio, pozo, bodegas, cuadras, doblao... A falta de investigaciones más exhaustivas en los archivos sobre los procesos de crecimientos de estos núcleos medievales y su evolución hacia villas modernas, podemos avanzar algunos elementos que entendemos debieron orientar este proceso.

La mayoría de estas construcciones se localizaron en sitios que presentaban importantes dificultades para ser construidos. Ocupadas las plataformas de suaves pendientes por las preexistencias, las nuevas casas tenían que levantarse en los taludes perimetrales y a lo largo de las salidas de los caminos. Estos nuevos tejidos en ningún caso se implantaron sobre las vaguadas del entorno para evitar el peligro de las aguas y para no ocupar el suelo de calidad para el cultivo.

La desventaja inicial de su problematizado soporte, fue sin embargo, manejada con gran creatividad para dar lugar a edificaciones más complejas y eficaces en el cumplimiento de su programa como espacio productivo.



Las casas, que en planta tienen un esquema muy sencillo de dos o tres crujías paralelas a fachada, adquieren una enorme sofisticación en sección. Prácticamente cada estancia va a tener una cota diferente para conseguir encajar tres niveles de estancias superpuestos con una altura total bastante inferior a lo que sería el equivalente de una edificación actual de tres plantas.

Lo que en una observación superficial de sus interiores puede parecer una construcción laberíntica, popular o poco hábil, es sin embargo, un mecanismo muy ajustado para superponer tres niveles de estancias con condiciones específicas y diferentes entre sí.

El nivel inferior de los *bajos* queda semienterrado por debajo de la cota de la calle, aunque en muchos casos es directamente accesible desde el corral. Alberga las cuadras al sur y las bodegas al norte. El nivel intermedio se construye sobre forjados de rollizos a diferentes cotas sensiblemente por encima del nivel de la calle, a excepción de la *mediocasa* que suele estar directamente construida sobre el terreno para producir el acceso. Este nivel alberga además del espacio mencionado; el *hogar*, la *sala*, los dormitorios..., en definitiva todos los espacios de estancia y labor de los habitantes de la casa. El nivel superior o *doblao* lo constituyen los espacios que quedan entre los distintos niveles de los techos de las estancias del nivel intermedio y el doble faldón de cubiertas.

Pero la rentabilización del desnivel mediante la creación de una casa de tres niveles especializados sólo fue posible desde el desarrollo de nuevas soluciones y nuevas técnicas constructivas. Los muros exteriores crecieron de 2 a 4,5 metros, para lo cual se construía un tramo en piedra y otro en tapial, fabricado en gran medida con el material obtenido de la excavación del nivel inferior. La protección contra la lluvia de estos paramentos obligaba a la cubierta a vuelos importantes. Éstos junto con el complejo sistema de niveles y gradas se pudieron construir gracias a la utilización de rollizos, vigas, tablazones y alfajías de madera. En aquellos casos en los que la edificación se levantaba de manera importante sobre el nivel trasero del corral, se añadía una crujía más adosada al nivel inferior, funcionando como terraza para el nivel intermedio. Esta pieza, al estar construida con bóvedas de ladrillo funciona como elemento pesado y resistente contra un posible deslizamiento de la edificación principal.



Las nuevas demandas programáticas configuraron un paisaje urbano completamente diferente. La casa-factoría tenía que incorporar en su configuración una nueva pieza que determinaría su composición: el corral. En palabras de Olavide «el espacio más importante de la casa» (en el medio rural, se entiende). La necesidad de un amplio espacio libre, conllevaba edificaciones de mucho desarrollo en fachada, lo que se conjugaba bien con las doctrinas higienistas ilustradas que demandaban la utilización de grandes huecos para ventilar las estancias de la casa.

Frente a la compacidad que podemos observar por ejemplo en Alájar en su núcleo antiguo, con unas 95 parcelas por hectárea de densidad, en los desarrollos dieciochescos, ésta baja a sólo 25 p/ha. Evidentemente las casas son mucho mayores, no ocupando más que una parte de su parcela, o siendo más precisos, una parte importante de la casa sólo tenía tapias y algunas construcciones auxiliares.

Con estos nuevos tejidos urbanos se pierden los espacios de borde con amplias vistas sobre el ruedo que todavía se conservan en algunas de las aldeas que no evolucionaron (Cabezuelo, Madroñeros), y a cambio se da forma a nuevos espacios de transición entre lo urbano y lo forestal de gran singularidad. A medida que se camina hacia fuera se percibe un esponjamiento del caserío en los puntos donde las alineaciones de edificaciones quiebran o se apilan en paralelo, y aparecen los patios en escena. La pertinencia de una entrada desde los caminos o las calles a los corrales de las casas impidió que se cerraran manzanas o se desarrollaran estructuras urbanas reticuladas, lo que ha fomentado una diferenciación del espacio público muy singular, a medida que se iban construyendo nuevas piezas.

En los caminos de salida las fachadas se convierten en tramos importantes en tapias altas, que jalonadas con las portadas de acceso a los cercados, y acompañados por los empedrados que se introducen en el ruedo, dan lugar a continuidades que nos permiten leer que la villa no acaba en la última casa. Cada vecino habita al tiempo una casa cubierta y otra descubierta, que había de asistir diariamente.



La escala urbana es también especial, porque en lo construido no se reconocen alturas convencionales. Las casas no tienen ni una ni dos plantas, es más, el concepto de planta no existe, como tampoco el de escalera. Estas casas conectan sus estancias a través de gradas, unas muy rápidas y empinadas para subir a los doblaos y saltar de estancia en estancia, y otras muy tendidas para descender a los bajos. Sin embargo, en paralelo a las mutaciones tipológicas y tecnológicas podemos percibir cómo se recogen algunos elementos culturales previos, que singularizan más aún las soluciones adoptadas.

El de mayor repercusión en el paisaje es la tendencia a dar continuidad a las cubiertas de las piezas principales que se adosan, incluso aunque esto suponga tener que alabear e inclinar lateralmente los faldones de teja para acompañar las pendientes de las calles. Esta complicación constructiva que pretendía continuar cubriendo bajo una misma piel piezas independientes dispuestas en topografías movidas, tenía sin duda el objetivo de proteger las medianerías de la lluvia en un lugar de alta pluviometría, de hecho cuando con posterioridad algunas piezas han remontado y nivelado las cubiertas han tenido que ingeniarse soluciones de defensa de los paramentos emergentes.

Otra incorporación de la cultura arquitectónica previa es la *mediocasa*. Este espacio es probablemente el menos especializado de la casa-factoría. Mientras que el resto de las estancias se componen como soporte de actividades específicas, la *mediocasa* es al tiempo apeadero, entrada, distribuidor y estancia. Suele ser el único espacio de su nivel que está empedrado y directamente sobre el terreno (a excepción de las casas que tienen el corral más alto que la entrada, donde se suele empedrar todo el corredor central de la misma), para permitir el acceso de las bestias, y su bajada a las cuadras o al corral. Su propio nombre, su holgada dimensión, la enorme portada que suele tener a la calle y el complejo dispositivo de su carpintería lo delatan como uno de los espacios, junto con el del hogar, más habitados de la casa, heredero del anterior espacio indiferenciado de la casa-refugio. De hecho, lo que en estas villas se denomina sala o saleta, que suele ser el espacio más dimensionado y representativo de la casa, al que invariablemente abren dos o tres pequeños dormitorios, sólo se utiliza en contadas ocasiones.



La continuidad de los aleros volados de teja y de sus enormes faldones de cubierta, presentes en el paisaje de las calles debido a su intrincado relieve, y las enormes portadas de las casas y la constelación desordenada de huecos de todas las proporciones y tamaños, que se abren en los paños encalados de cerramientos de altura indiferenciada, dibujan un paisaje donde se diluye la secuencia de piezas adosadas.

No se trata, como rezan algunas de las escuetas memorias escritas para la declaración como Conjuntos Históricos, de una arquitectura de gran homogeneidad (Valdelarco...). La casa-factoría es el tipo de la cultura productiva del XVIII, pero a diferencia de la sistematización y homologación de los tipos actuales, la diversidad de soluciones formales es muy amplia. No hay dos casas iguales, podríamos plantear múltiples clasificaciones, según el número de crujías, según la relación topográfica con la calle y el corral, según la disposición de los bajos, dependiendo de si el corral tiene acceso independiente o no... Además una vez que esta nueva cultura arquitectónica se comienza a emplear sobre el parcelario medieval el rango de soluciones híbridas y especiales (carentes por regla general del corral) aumenta tremendamente, enriqueciendo el paisaje de los núcleos preexistentes.

Lo que se produce por tanto, no es ni homologación ni homogeneidad, sino una continuidad en el tratamiento de las pieles que enmascara la complejidad de los volúmenes interiores. La casa es un laberinto de espacios de todas las proporciones, dimensiones y alturas; espacios secos caldeados, húmedos, refrigerados, aireados, sombríos, soleados..., pero toda esta diversidad queda dentro. En los doblaos se percibe con claridad como todo este artefacto se defiende y remata bajo la sencillez de los paños de cubierta.

El estancamiento y progresivo declive económico posterior, sólo permitió sumar a los tejidos ilustrados algunas nuevas piezas singulares y aisladas a finales del XIX y principios del XX, pertenecientes a una exclusiva clase social con mucha capacidad adquisitiva. En estas piezas podemos leer procesos de sistematización constructiva, reconversión de corrales en jardines, manifiestos intentos por dotar a la casa-factoría de una definida domesticidad, recargada de ampulosidad a medida que la pieza es más





reciente, e intentos de reconducir la imagen de la villa hacia una imagen menos rural y más urbana. En pocos casos se llega a la cubierta plana pero aparecen pretilos y composiciones más académicas de fachadas, tras las cuales se siguen adoptando en muchos casos soluciones anteriores, aunque dotadas ya de los espacios necesarios para las actividades propias de una casa burguesa decimonónica. Finalmente la conversión de la *mediocasa* en zaguán y la aparición de la escalera y por tanto de organizaciones distributivas en plantas independientes (de gran escala además), supondría la liquidación definitiva del tipo de casa-factoría.

Sin embargo, a pesar del interés de estas piezas híbridas que representan el esfuerzo de maestros de obras que intentan conjugar soluciones importadas con otras autóctonas del siglo anterior, su reducido número y su diseminación en el tejido previamente urbanizado y su vocación exclusivista, le impedían una transformación general y menos aún la ampliación del caserío preexistente.

A partir del último tercio del XIX, arranca el estancamiento poblacional y comienza el declive que hemos descrito anteriormente. Por tanto, la estructura territorial articulada a lo largo del siglo XX ha consistido básicamente en el desarrollo de nuevas infraestructuras de conexión a gran escala, que junto con las expectativas generadas en otros ámbitos cercanos han dejado obsoleto todo el esfuerzo urbanizador impulsado por la cultura de la Ilustración. Sólo en las dos últimas décadas, de la mano de la comunidad autónoma, a través de unas políticas diferentes tendentes al reequilibrio territorial se ha pretendido dotar a la diezmada población que queda de servicios y perspectivas futuras mediante la puesta en valor de su patrimonio medioambiental y arquitectónico.

El siglo presente cabalga ya hacia el horizonte de la articulación de un Espacio Europeo, que, junto al rápido y diversificado desarrollo de una «industria» creada para hacer negocio del tiempo libre, y con la fulgurante implantación de nuevas tecnologías de la información y la comunicación, anuncian nuevas reconfiguraciones territoriales. Se advierten distintas posibilidades dependiendo de las opciones que se escojan. Nuevos asentamientos, o crecimiento y readecuación de los actuales para segunda



residencia de los urbanitas de las aglomeraciones urbanas cercanas. O para acoger a la ingente cantidad de jubilados europeos que ven en nuestra comunidad autónoma el medio ideal para pasar nueve meses al año. O para recibir a una importante masa de profesionales o recién titulados de variadas condiciones que buscan un territorio para un vivir alternativo al netamente urbano.

Cualquiera de estas u otras opciones híbridas o diferentes están ya suponiendo un tremendo aumento del valor de los suelos y edificaciones existentes, y una importante tensión urbanística que ha cerrado definitivamente el estancamiento del último periodo. Aparece por tanto, como en el XIV y en el XVIII, la necesidad de volver a construir. En las ocasiones anteriores la arquitectura como expresión cultural dio lugar a productos muy diferentes, como hemos visto, pero ambos plenamente integrados con la estructura social y económica a la que daban soporte. Si el valor de la arquitectura de las aldeas es el de su implantación en el territorio, el de la arquitectura y los tejidos urbanos desarrollados a partir del XVIII es su capacidad de conectar con la cultura de su tiempo incorporando las estructuras preexistentes, aun cuando esto suponía tener que dar lugar a soluciones nuevas y específicas para este territorio. Las transformaciones del medio fueron muy importantes: construcción de cercados, acondicionamiento de caminos, aprovechamiento de los recursos hídricos, introducción de nuevas especies y cultivos... La cualidad que otorgamos hoy a este paisaje se debe en gran medida al enorme esfuerzo infraestructural y constructivo del largo siglo XVIII en este ámbito de la Sierra. Pero este trabajo que respondía de hecho a una operación de colonización productiva acorde con las dinámicas económicas más avanzadas de la época en Europa, no se produjo mediante la importación y aplicación directa de las tecnologías y soluciones arquitectónicas implementadas en otros lugares. Hay una adaptación de éstas a las singularidades históricas y medioambientales del lugar que dieron lugar, a un paisaje único.

Temer a los cambios en un territorio como éste, tan inestable, no tiene sentido. Aquí lo nuevo, lo creativo, ha sido lo que ha dado lugar a lo que más valoramos. El peligro no es construir nuevos tejidos, o redefinir el paisaje



conforme a nuevos valores y nuevas necesidades. La amenaza real es la de no apostar por construir el territorio de nuestro tiempo y continuar con el proceso de importación indiscriminada de modelos que sólo pretenden aproximaciones en lo anecdótico de lo decorativo, mientras imponen construcciones que sólo buscan el máximo beneficio, ahorrando viario aunque las pendientes sean insoportables, ahorrando fachada, aunque la escala urbana tan singular quede machacada o utilizando soluciones constructivas no adaptadas a las condiciones climáticas, que obligan a consumos energéticos excesivos en un medio frágil y que dan lugar, a los pocos años de estar terminadas, a una imágenes ruinosas.

El territorio de nuestro tiempo ha de surgir de las nuevas oportunidades que democráticamente entendamos pueden ser más positivas y sostenibles, y debe rearticular un nuevo soporte capaz de mantener lo que valoramos como patrimonio y aumentarlo.



